



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9646

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

MÉRCOLES 27 DE DICIEMBRE DE 1893.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LEGIA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGANADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGIA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Dreguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romero, Castellini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Vinda é hijos de Maximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palas; D. Ginés García Canaante, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Gloriosa de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Victor Martínez, plaza del Sevillano; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Foyedo, Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle de Duque; Don Cecilio Cutilas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Moreno, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Ochoa, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Lucá, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Gómez de Burguener, calle de Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

M. LEONIE BROUTIN.

Modista de Sombreros de París
Llegará en la próxima semana
PLAZA DEL REY, 16, PRINCIPAL.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISIÓN DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Injertadoras.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desiacrústante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Caudales.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc. etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sofas, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustres, candeleros y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados. Mayolicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas. Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Estufas. Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.
PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

ECOS DE MELILLA

(COLABORACION INÉDITA)

Los ocios de la paz.—El rifleño del dibujante.—Usos y costumbres.—La jaima.—El sueño del moro.—Indumentaria.—Armas.—Creencias.—Prosas.

Estamos, siquiera sea por unos días,

en período de paz y tan verdad es esto, que los que aquí vivimos reconcentramos el pensamiento y nos pedimos á nosotros mismos cuentas de la razón de todo el apresto de tropas y pertrechos que tenemos á nuestra vista, para convencernos de que puede en pocos momentos convertirse en guerrero extrago, todo cuanto ahora constituye la belleza de este soberbio cuadro militar.

Es tan diferente la fisonomía del Mellilla de hoy, de la del Mellilla de hace un mes, que realmente hemos pasado sin darnos cuenta, desde una vida reducida al recinto comprendido en estas viejas murallas, una vida que podía tener fin con solo que el individuo traspusiera á cincuenta pasos las puertas del campo, á una vida segura, diáfana, libre, á un estado de tranquilidad que permite al turista saciar sus ansias de investigación y permite al centinela avanzado abandonar en busca de luz, el parapeto que antes le sirviera de abrigo contra las balas de los moros.

«En la paz como en la paz y en la guerra como en la guerra.»

Cuando el plomo silbaba en los aires sin cesar, cuando el cañón tronaba día y noche y rompía la pureza del azul hermoso de este cielo el humo de la pólvora, que de fuerte en fuerte y de trinchera en trinchera se llevaba el viento disipándolo muy lejos, cuando en cada grupo que se veía en lontananza se adivinaba la bati da huestecilla de soldados del disciplinario que traían á hombros la camilla, páves del héroe, ignorado herido ó muerto, entonces al cronista solo le era dado escribir en un carnet nombres, cifras, hurras y maldiciones.

Hoy es distinto. Estamos en el caso de estudiar á nuestro enemigo natural todo lo despacio que las circunstancias nos lo permitan.

«Antes sublime inquietud?... pues ahora reposo y calma.»

El moro rifleño no es ese que en láminas y en ilustraciones de periódicos estamos viendo en estos días en que todo lo que es de moros interesa, aunque se dé el caso de haber llegado á mis manos y á las de muchos de aquí un periódico con una lucha entre moros y cristianos, dibujada, que más bien representa por los trajes á los griegos ó á los hijos del Cáucaso que á los moradores de los valles que arrancan del Gurugú y terminan

perdidos entre las montañas cuyas faldas inician el desierto.

No es fácil hacerse cargo del modo de ser de los selváticos moros que han puesto en movimiento á nuestro ejército, ni aun viviendo hoy en su vecindad como nosotros, si no se les ha estudiado en los tiempos en que sin recelos y sin mira ulterior, vivían entre nosotros y ocupaban á veces un asiento en nuestra propia habitación.

El rifleño no es un moro como todos los demás. Es, si decirse puede, un moro sui generis que se diferencia de los otros hasta en las circunstancias de que el árabe que habla no es ese árabe vulgar del Mogreb y que es objeto de curiosidad por sus costumbres, á veces para sus mismos compatriotas.

La casa del rifleño es lo que ellos en su idioma llaman la jaima. En el territorio del Riff casi todas son jaimas, porque esta palabra significa casa en el campo y en el Riff casi todos son lo que ellos llaman en su pintoresco lenguaje «moros de campo.»

He aquí la descripción de una de estas jaimas, existente hace algunos años en la espalda del poblado de Anghera y esta diferenciase de las de los rifleños solamente en la estructura natural de las rocas que ofrecieron huecos para ellas.

Atravesando arroyos que perdiéndose entre el césped, las zarzas y los espinos que borran todo sendero, encharcan el terreno, descúbrense una ligera loma con pétreas cresterías entre las que se ve un hueco que lo mismo pudiera ser vivienda de seres humanos que de lobos y alimañas.

El huertecillo que se extiende á la entrada de la covacha, el cañaveral ó la pitera destrozada por los embates del viento que con frecuencia la azota, el agua cercana, la higuera silvestre que da sombra, ese alidde caballejo que trabado paca por las cercañas, las cabras que triscan en puntos no lejanos, el horno de adoves que en el huertecillo humea, cubierto en forma de campana, y el sendero que nace en la espesura y termina en la boca de la cueva, todo indica que allí viven personas.

Para entrar en la cueva hay que hacerle encogiéndose el cuerpo y agachando la cabeza. Una vez dentro, cuando se espera la obscuridad completa, se halla

un espacio iluminado con los resplandores que penetran al interior por un orificio abierto en la misma roca.

Las paredes muestran, aunque jabelgadas con cal, ennegrecidas por el humo, los salientes de las rocas que nadie se ha ocupado en pulir.

El piso es de tierra y en él se ven las señales que dejan las hogueras encendidas ya para guisar ó ya para defenderse del frío.

A un lado un cantarejo sucio de barro, de labor toscas, de fondo plano, ancho dos asas y boca estrecha.

A otro lado, tres ó cuatro esteras de pita blanca, viejas, destrozadas, que sirven de cama al morador de la «jaima.»

En cualquier rincón abandonado el trabajo de palmas secas empezado probablemente hace mucho tiempo y sufriendo las inconstancias de la holgazanería.

Dos ó tres pucheros y cazuelas «hechas en casa,» un palo aceitoso y requemado para dar vuelta á los fritos, dos piedras negras que sirven de hornilla, un capazo de palmas, redondo, colgado en un clavo para guardar los viveres, la pipa del Riff, que una persona curiosa no se pondría en la boca por nada del mundo, ó el coco negro pulido á punta de gümia, con taponcillo de plata y preciosos arabescos, para guardar el rapé.

Al fondo, ó en un rincón, pendientes de un hierro, todas sus armas.

Es lo único que hay en una «jaima» que pudiera llegar á valer dos pesetas.

Tal es la vivienda de cualquier rifleño del campo, cuando no se reduce á la cueva sin huerto ni nada.

Aquel Faraón, que victorioso en Tebas se daba á conocer al sumo pontífice del templo de Ammon-Ka, diciéndole que sólo con tres cosas había soñado cuando era muy niño: un dios, una mujer y una batalla, parece que dejó al morir al pie de su pirámide de granito su sér, la creencia de su romántica fantasía y que con los siglos arrastrada por los aires, desde Menfis al Mogreb vino á ser amuleto vital en los rifleños, que guardaron en el corazón tales deseos, mientras degeneraban en el egoísmo y en la mollicie todas las otras razas africanas y más, cuanto más cercanas al Riff.

Un dios, una mujer y una batalla eran los sueños de Hamses. Una creencia, un arma y un caballo, es el deseo del moro rifleño.

EL ULTIMO MOHICANO. 65

de la madre. Penetró en el sendero, encontrando á los pocos pasos á las dos jóvenes que esperaban con inquietud el resultado de aquella conferencia, y que no dejaban de experimentar algún temor. Un poco más lejos, estaba el correo indio con la espalda apoyada en su arco: sostuvo con la mayor calma las penetrantes miradas del cazador, pero tenía un aire tan sombrío y tan salvaje, que bastaba para inspirar terror.

Terminado su examen, se retiró el cazador. Al pasar de nuevo al lado de las damas, se detuvo un momento como para admirar su belleza, y respondió con manifiesta satisfacción á la inclinación de cabeza, que acompañada de una amable sonrisa, le dirigió Alicia. Al pasar cerca de la yegua, hizo otra parada, tratando de adivinar quien podía ser el que la montaba. Por fin volvió al lado de Heyward.

—Un Mingo, es un Mingo, le dijo moviendo la cabeza y hablando en voz baja; y habiéndolo hecho Dios de ese modo, ni los Mohawks ni ningún otro pueblo, tienen poder suficiente para cambiarlo. Si estuviésemos solos y quisiésemos abandonar ese noble corcel á merced de los lobos, podría conducirnos yo mismo á Eduardo en una hora, porque no se necesitaría más para llegar allí; pero teniendo con vos señoras como las que acabo de ver, es una cosa imposible.

64 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

sin embargo, se asegura que posee todos los conocimientos propios de un buen soldado, y que es un hombre de honor.

—Sean las que quiera sus cualidades así como su derecho á ocupar tal empleo, es el que os habla en este momento, y por consecuencia no podéis ver en él á un enemigo.

El cazador miró á Hayward con sorpresa, se quitó su gorro, y le habló con un tono menos libre que antes, pero en el que se notaban todavía algunas dudas.

—Se me ha asegurado que un destacamento debía salir esta mañana del campamento, para dirigirse á las orillas del lago.

—Y os han dicho la verdad, pero he preferido tomar un camino más corto, fiándome de las noticias del indio de que os he hablado.

—Que os ha engañado, que os ha extraviado, y que enseguida os abandonó.

—No ha hecho nada de eso. Por lo menos no me ha abandonado, puesto que está á pocos pasos detrás de mí.

—Me agradecerá mucho verlo. Si es un verdadero Iroqués, podré conocerlo solo con ver su aspecto de corsario, y por la manera como esté pintado.

Al decir esto el cazador pasó por detrás de la yegua del maestro de canto, cuyo potrú se aprovechaba de aquel descanso para poner á contribución la leche

EL ULTIMO MOHICANO. 61

—Un indio que se pierde en los bosques! exclamó el cazador moviendo la cabeza con aire de incredulidad, cuando brilla el sol por encima de los árboles! cuando los ríos llenan las cataratas! cuando cada tallo de yerba que percibe le dice de que lado brillará la estrella del Norte durante la noche! Los bosques están llenos de senderos trazados por los gamos para dirigirse á la orilla de los ríos, y todas las bandadas de patos silvestres no han emprendido aun su vuelo hacia el Canadá. Es muy extraño que un indio se pierda entre el Horiscan y el recodo del río. Es ese indio un Mohawk?

—No lo es por su nacimiento, pero ha sido adoptado por ese pueblo. Creo que ha nacido más hacia el Norte, y que es uno de esos á quienes llamáis Hurones.

—Oh! oh! exclamaron los dos indios, que durante esta conversación habían permanecido sentados, inmóviles, y en apariencia indiferentes, pero que entonces se levantaron con una viveza y un aire de interés, que probaban que la sorpresa les había hecho salir de su reserva habitual.

—Un Hurón! repitió el cazador moviendo otra vez la cabeza con aire de desconcierto, manifestando que era el pueblo que lo había adoptado. Presto

